

El "Arteson" la cumbre de las eternidades

*Para Máximo y
Marcelino, de Huaraz,
dos amigos para
toda una vida.*

JUANRA MADARIAGA

*Cara Sur del Artesonraju,
por la que discurren
dos ascensiones realizadas.*

HAY momentos en los que la vida despierta, como tú, para siempre.

Un paisaje se ilumina en los ojos, aquella arista llama tu presencia de forma irresistible, aquella cumbre, sí, aquélla es la mía y mientras golpeamos las piedras, los hielos, las nieves, vas acariciando los sueños como medio dormido, aletargado, ronroneando en tus pensamientos.

Aún muy pronto, también dormido, pisando el glaciar plano como el horizonte, de esta pirámide, caigo en una grieta llena de agua. No sé qué profundidad tiene y no quiero medirla. El agua helada me despertará para siempre, para siempre.

El Artesonraju parece que cabizbajea cuando nos ve llegar. Desde aquí es más pequeñito porque estamos a casi 5.000 m.: aun así sus aristas, sus sempiternas cuevas, sus perfiles geométricos parecen tesoros y nosotros piratas.

Peri, Perfe y yo vamos a ir al Espolón Sudoeste. Es un espolón del que apenas tenemos información. Lo creíamos

virgen, pero el año pasado un grupo suizo dibujó por su silueta una ruta. Nosotros la seguiremos.

Pedro, Jose y Jon irán por su cara Sur. Desde aquí a la cumbre, entre 1.200 y 1.300 m. de distancia, de lejanía, de inevitable separación.

Una vez montado nuestro campamento base, la tarde es para el relax, escribir, pensar, hablar, mirar, recordar. Algo que en aquellas alturas es inevitable por el frío que apenas te deja hacer otra cosa, ese frío que tiñe de morado el firmamento y de rojo tu nariz.

Un viento pertinaz no nos dejará pegar ojo bajo tanta noche maravillosa.

En el Chopi fue el frío quien impidió nuestro sueño, igual que en el Huascarán, pero aquí será el viento. Es evidente que el frío y el viento son hermanos de la noche. De vez en cuando tenemos que sujetar la tienda. Hacia las 4 de la madrugada parece que ha cesado. Es la hora.

Rompemos el silencio, rompemos el hielo, rompemos lo virgen, pero crea-

mos historias, creamos vida, creamos camino. De vez en cuando vemos las luces de los kolegis entrando a la Sur. Nosotros tenemos problemas con la cuerda, con las grietas y con nuestros cuerpos, que aún no están a tono.

Discutimos sobre la posible ruta a seguir. O atravesamos el triángulo rocoso saliendo por una goulotte extraña y que suponemos difícil o seguimos el espolón por su lado izquierdo bajo la gran barrera de seracs que corta toda la cara Oeste. Esta segunda posibilidad nos convence y los seracs nos asustan, nos amenazan, sigilosos nos observan. Los metros transcurren, las horas y los grados aumentan. ¿50°?, ¿60°?, ¿70°? y allí unos ojos entre el hielo nos miran constantemente. El viento, que aún no ha cesado por estas verticalidades, nos canta canciones de brisa helada y nos pinta de blanco, de nieve polvo y trocitos de hielo. Hay momentos en que es horrible y doloroso.

Una vez superado el espolón, los seracs ya no dan miedo y sus ojos ya no nos miran. Ahora aparece toda la cara

Sur y en ella tres bultitos que suben despacio, despacio. La nieve por aquí aparece de 15 formas diferentes: polvo, hueca, mojada, secada, helada, asquerosa, granulada, txeposa... ¡¡Yo qué sé!! Es un poco horrible, pero aún así la cima está ahí, a sólo 300 m. Cerca de ella nos unimos todos: ¿Qué tal vais? ¡Uf! ¿Cansados? Hechos polvo, está claro.

Por aquí el término eternidad se aplica bastante por valor de mil millones de horas, que fue exactamente lo que nos costó llegar a la punta de este pincho blanco. Subimos despacio y los perfiles de la arista somital son cercanos y bonitos. De aquí a la cumbre un camino de sonrisas y arriba, en lo más alto, los abrazos, las arrugas en la cara, la alegría incontenible, el cansancio a tropel. Alegría a raudales. Pero ésta dura poco. Hay que bajar, son las 4,30 y la noche se pasea por el horizonte de la mano de la luna. La arista Sureste es nuestro camino de descenso.

Hay unos mondongones de hielo impresionantes que te acercan al vacío, como a los pájaros. Pienso en los buitres. ¡¡Qué patio!!

Por fin salimos del enjambre de esta arista y comenzamos a destrepar, cada uno en su aureola de soledad y silencio, como puede, quiere o se le ocurre, por unas palas interminables. No sé por qué, con la noche se acaba la pala, con la noche se acaba el paisaje, con la noche se acaba la luz, pero comienzan otras cosas: la incertidumbre, el cansancio salvaje, el frío agobiante, el paso impreciso y, sobre todo, la oscuridad impenetrable. Las pilas de nuestros frontales apenas pueden. ¡Ay!, si la luz fuera espada... cuánta oscuridad perecería bajo el acero blanco.

Jon nos da la noticia: la pala acaba y no sabemos si este abismo tiene demonio o sencillamente es un saltito. Vamos a descubrirlo. Un par de estacas, un par de cuerdas de noventa y un viaje alucinante entre reflejos vagos de luz, entre contornos fríos y abstractos, entre desplomes de hielo y cristal, entre oscuridades eternas. Un poco antes de que acaben las cuerdas el glaciar nos recibe, si cabe, con más frío, si se puede, con más soledad, desolación y silencio.

El agotamiento es completo, total, como la noche, en la que incluso apenas se ven las estrellas. Ahora sólo pensamos en nuestras tiendas, en nuestros frontales y en la luna que aún tardará en aparecer. La luna, la luna nos iluminará. No sabemos por dón-

Juanra, Perfe, Pedro, «Peri» y Jose Angel en el Campo Base del Artesonraju.

Foto Ion Ortego.

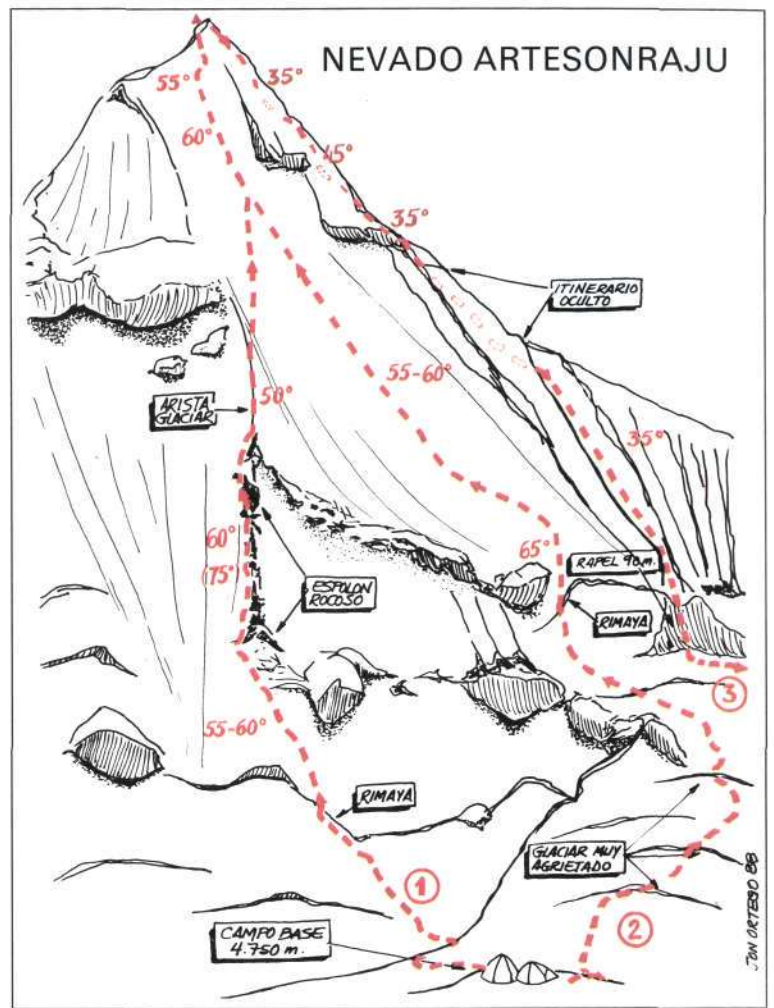
de ir, dónde pisar, dónde mirar. Me ato la cuerda de noventa metros y dando tumbos destrepo pendientes, corredores y finalmente salto la nieve. Ya está, estoy en la parte inferior del glaciar y gracias a Zeus la luna se acerca, se acerca lenta y blanca, salvadora y luminosa. De aquí a las tiendas aún habrá un par de horas, un par de sustos, los nervios crispados y el frío clavado en los huesos.

Contornos grises clarean, los negros profundos se difuminan, la luna reclama por fin espacio y presencia.

Una grieta hambrienta le quiere comer una pierna a Peri y a Jon casi se lo traga,

Abajo, a la derecha. Ion en el vivac al pie de la banda rocosa.

Foto Fco. José Ruiz «Peri»bañez.



pero aún, aún todavía, tenemos nuestros reflejos a flor de piel. Tenemos una cuerda que nos une y camino por hacer.

En las tiendas suena el despertador de la noche anterior. Hace exactamente 24 horas que nos levantamos y a mí me ha parecido una eternidad, una larga eternidad. El camino del día siguiente será eterno, el azul de este cielo y el blanco filo del Artesonraju serán eternos y, el recuerdo, el recuerdo agolpándose en las sienes cada noche, mientras la empapelado de estrellas, no será para menos.

